



Eduardo Andrés Roca Oliver

Misionero español en Pemba (Mozambique)

Entrevista



«Los desplazados llegan hambrientos, enfermos, desolados...»

feta de Correos, y mi madre tenía una tienda de pueblo, de esas que venden el pan y un poco de todo. Llevo en África 21 años. Mi primer destino fue la diócesis de Malanje, en Angola, donde trabajé diez años. A Mozambique llegué en 2012.

—Y ahora está en Pemba, entre miles de desplazados...

—Sí. Yo, después de pasar un tiempo en España por circunstancias familiares, pensaba volver a Angola, pero en 2012 el entonces obispo de Pemba, **Ernesto Maguengue**, que había sido compañero mío de estudios en Roma, me buscó y me pidió para su diócesis. Y el entonces arzobispo de Zaragoza, **Manuel Ureña**, aceptó y me envió allí como sacerdote diocesano «*fidei donum*».

—¿Siempre ha estado en Pemba?

—Sí, desde mi llegada, trabajando en la escuela diocesana de ética, ciudadanía y desarrollo, un centro fundado por el anterior obispo para dar respuesta a la falta de líderes formados éticamente. También acompaño desde entonces la misión de San Carlos Lwanga de Mahate, donde me encuentro.

—¿Y cómo es esa misión?

—Somos un equipo de dos sacerdotes «*fidei donum*» (el otro es brasileño, de la zona del Amazonas) y una comunidad de religiosas de una congregación benedictina tanzana (normalmente son dos religiosas). He-

Medio millón. Estas son las personas que se han visto obligadas a huir ya de sus hogares en la provincia mozambiqueña de Cabo Delgado a causa de la amenaza y la violencia yihadista que azota la zona desde 2017. Y aproximadamente la mitad de ellas se han dirigido a lo largo del último año a Pemba, su capital, generándose una crisis humana que va a más pero que apenas tiene repercusión en los medios. El Papa **Francisco** realizó el pasado mes de diciembre una donación de 100.000 euros para la asistencia de los desplazados, unos fondos que según ha anunciado el obispo de la diócesis, **Luiz Fernando Lisboa**, se destinarán a construir dos centros de salud, uno en Chiúre y el otro en Montepuez. ECCLESIA ha

conversado sobre lo que está sucediendo allí con el misionero aragonés **Eduardo Andrés Roca Oliver**, testigo de primera mano del sufrimiento de miles de hombres, mujeres y, sobre todo, niños, familias enteras desplazadas desde el norte al sur en esta provincia fronteriza ya con Tanzania. «Llegan hambrientos, enfermos, desolados...», denuncia el padre Roca.

—Padre, preséntese a los lectores, por favor.

—Me llamo Eduardo Andrés Roca Oliver y soy sacerdote. Nací en Mequinenza, provincia y diócesis de Zaragoza, hace 52 años. Crecí en un ambiente tradicional católico, en el seno de una familia de clase media de ocho hermanos, en la que yo soy el cuarto hijo. Mi padre, que no era creyente, era el encargado de la esta-

mos empezado a vivir como equipo sacerdotal en 2020. La misión está en la periferia de la ciudad. A ella pertenecen los barrios de Metula, Muxara y Mahate, aunque ahora también llevamos un nuevo barrio recientemente constituido llamado Fazenda. Se trata de los barrios de presencia musulmana tradicional más antigua. Y también los más pobres: sus habitantes viven de la pesca y del campo, si bien antiguamente se dedicaban al comercio de sal.

—¿Hay más misioneros españoles por ahí?

—En la diócesis estamos cuatro españoles, tres misioneras y yo: una Comboniana, una Hija de Jesús y una misionera seglar en la Fundación Semillas de Esperanza.

—¿Y qué hace usted exactamente en la misión de San Carlos Lwanga?

—Desde que llegué a África, en 1999, siempre he trabajado en la formación, porque es mi carisma. Aquí es donde más actividades pastorales he realizado, porque he estado ocho años solo y he tenido que asumir toda la tarea de la misión. No obstante, la presencia de la Iglesia tiene una dimensión fuertemente educativa. Estamos rodeados de siete mezquitas con sus *madradas* (escuelas tradicionales coránicas) que se resisten a entrar en la educación formal estatal. Nosotros tenemos una escuela comunitaria con cerca de 2.000 niños, en su mayoría musulmanes; tenemos también abierto, en la que es una de las zonas con más desnutrición de Mozambique, un centro de preescolar en régimen de semi-internado para 150 niños de tres a cinco años; y contamos también con «Funciona», otro pequeño centro de artes y oficios para niños con necesidades especiales. En las comunidades he puesto en funcionamiento un curso de alfabetización



El obispo de Pemba, Luiz Fernando Pemba, y el padre Roca, en una celebración

y educación en salud, orientado especialmente a adultos y jóvenes sin escolarizar; y está dando buenos resultados asimismo un programa llamado «Wunwelela» («Volver a vivir»): costura, artes en cestería y escultura, y graduado escolar. La presencia de la Iglesia, en cualquier caso, es evangelizadora y pastoral, con las propias tareas catequéticas y caritativas, y la vida litúrgica.

—Tengo entendido que están construyendo una iglesia...

—Sí, hace dos años comenzamos a construir la iglesia de la misión de San Carlos Lwanga, y querría aprovechar para agradecer a la Conferencia Episcopal Española su ayuda para la primera fase, los cimientos, que ya están. Ahora necesitamos ayuda para el pavimento, pero no es fácil. ¡Si alguien pudiera echarnos una mano! Esta iglesia es un signo muy importante en medio de esta realidad. Es como la levadura. Nuestro testimonio humilde hace mucho bien en el

barrio y es una fuente de esperanza. ¿Que como es mi día a día? Desde la oración de la mañana, mi vida se sucede intentando dar respuesta a las muchas personas que llaman a nuestra puerta. Comparto la mesa con un grupo de jóvenes acogidos en la misión por diferentes razones.

—¿Cuántos desplazados puede haber en la diócesis?

—Solo a la ciudad de Pemba han llegado desde diciembre de 2019 cerca de 250.000 personas. La inestabilidad en la provincia ha ido a más y a partir de mayo y abril de 2020 ya se vio claro que la respuesta de acogida de familiares, Iglesias e instituciones no iba a ser suficiente y que habría que habilitar centros de acogida de refugiados. Ahora están siendo reasentados en otras zonas del sur de la provincia no afectadas por los ataques.



—Los desplazamientos, entonces, continúan...

—La inestabilidad ha ido creciendo y cada vez está más claro que los terroristas no cederán sin una respuesta fuerte por parte de las fuerzas de seguridad del Estado e incluso de los países de la zona que están de algún modo implicados. Al parecer, la pretensión de los terroristas es ocupar el norte, históricamente conectado con el califato de Mocimboa y la expansión islámica en el este de África. Nosotros, en Mahate, comenzamos la acogida de familias de refugiados en diciembre de 2019 y hoy aún seguimos atendiendo a algunas que llegan y que no han sido situadas en los campos ni orientadas por los órganos del gobierno.

—¿Cuáles son las necesidades más acuciantes de estas personas?

—Todo lo que es primera necesidad, porque la mayor parte de ellas han huido sin poder llevar nada consigo. Alimento, ropa, jabón, medicinas... Llegan hambrientos, enfermos, desolados, especialmente los niños y los ancianos. Los niños son los más vulnerables y constituyen la mayoría silenciosa de los refugiados. Muchos han muerto de malaria y disentería por el camino, no han soportado días y noches caminando por el bosque, huyendo hacia Pemba.

—¿Y con qué ayuda cuentan para atenderlos?

—En diciembre de 2019 ACNUR ya preveía la situación que tenemos y eso ha hecho que el drama no haya derivado en una hambruna mortal y atroz. Muchas organizaciones de la sociedad civil y las agencias de cooperación internacional también se prepararon para la crisis. El Programa Mundial de Alimentos (PAM) ha estado abasteciendo a las familias en su cesta básica desde el comienzo. La respuesta del Papa también se está dejando sentir. La solidaridad de muchas personas nos permite creer que hay algo más fuerte que el odio y la violencia.

—¿Hay ahora riesgo de hambruna? Leo que la ONU advierte de que más de 700.000 personas corren peligro.

—Creo que en este momento la situación dramática de los refugiados está en cierto modo controlada. Pero si la ayuda internacional se paraliza podría llegarse a una situación de hambruna. Se trata ciertamente de una amenaza real. Los niños, los más vulnerables, requieren de alimentos esenciales para que no les afecte la desnutrición severa. Las familias de

los reasentamientos necesitan cultivar la tierra para conseguir alimentos. Si el conflicto se prolonga, y parece que lo hará, la situación humanitaria se agravará sin duda.

—Padre, ¿nos puede explicar qué está pasando exactamente? ¿Desde cuándo hay yihadismo en Cabo Delgado?

—La violencia empezó en 2017. Y entonces se subestimó el problema. Pero dos años antes, el gobierno de la provincia ya empezó a tomar medidas en bastantes mezquitas que acogían a imanes de corte radical que predicaban la yihad. Entre los jóvenes y adolescentes circulaban vídeos de terroristas de otros lugares degollando a sus víctimas. Había familias que decían que eran soldados del califato, rezaban con botas y catanas, y asuntaban a la gente. Solo en Pemba se cerraron entonces una decena de mezquitas. En nuestros barrios de Mahate y Muxara se ensayó una sociedad islamista radical con mujeres vestidas con *nicab*. Fueron solo unos meses pero todos pudimos ver ya lo que estaba ocurriendo.



—Entre los desplazados hay también musulmanes...

—La costa del norte atacada por los terroristas, que es de donde procede la ola de octubre y noviembre, está habitada por pueblos pescadores de etnia *mwaní*, musulmanes desde la primera islamización de África. Tienen una situación social más marginal con respecto a las otras etnias de Mozambique y se ha visto también excluidos de los movimientos de desarrollo que están surgiendo con los nuevos megaproyectos de gas. Para el mensaje yihadista, todo lo que no se alinee directamente con su visión del mundo y sus prácticas violentas va en contra del llamamiento del Profeta para islamizar el mundo. No se trata solo de Occidente y toda la configuración del liberalismo capitalista y su sentido de libertad, también el islam que no comparte sus ideas. De ahí que muchas familias de la costa hayan abandonado sus aldeas huyendo de los ataques. El mensaje yihadista es claro: o estás con ellos, o muerte. Por supuesto, en situación sociales de tanta miseria y tradicionalmente musulmanas el yihadismo tiene todas las de ganar.

—¿Cómo son esos grupos terroristas?

—Metódicos y organizados. Como ya he dicho, no fueron reconocidos

como la amenaza que realmente son; se les subestimó y se reaccionó tarde y mal. El gobierno pensó durante mucho tiempo que se trataba simplemente de grupos juveniles inadaptados y violentos. No se aceptó —y en muchos círculos de poder y en organizaciones e instituciones islámicas continúa sin hacerse— que se trata de un problema interno, de yihadismo. Los ataques siguen una estrategia, no son sencillos ni improvisados, y los terroristas están bien surtidos de armas. Hay redes de familias musulmanas que se han radicalizado y que saben cómo permanecer ocultas. En cierto sentido, el yihadismo ha creado sociedades paralelas. La persistencia de los ataques hasta hoy hace que la población piense que no hay un futuro de paz a corto plazo, y que deba huir y buscar refugio. La gran ola de refugiados actuales procede de Moeda, localidad makonde del norte, amenazada por los terroristas pero que no ha sufrido todavía ataques. El miedo se ha instalado en la gente, que busca desesperada dónde vivir en paz.

—Habla de *mwanís*, *makondes*... ¿Hay también disputas interétnicas?

—(...) El problema interétnico es común en toda África y muy similar en el análisis de sus causas. Aunque en Mozambique la convivencia interétnica se mantiene gracias a la identidad nacional, los enormes problemas sociales, las desigualdades, la pobreza y la falta de condiciones mínimas para una vida digna se convierten fá-

cilmente en causa de conflicto social, originándose enemistades entre las diferentes identidades nativas y religiosas.

—¿Cómo es la diócesis de Pemba?

—Grande como Aragón y Cataluña juntas., pero con un tercio de su población. El actual obispo, Luiz Fernando Lisboa, ha traído varias congregaciones religiosas que han asumido algunas de las grandes misiones en las que no había todavía presencia misionera. El clero diocesano cuenta solo con diez sacerdotes y los «*fidei donum*». En la ciudad de Pemba hay solamente cuatro parroquias misioneras. La diócesis está organizada en cuatro zonas (urbana, Norte, Centro y Sur) con un total de 15 misiones, además de las de la ciudad. Solo cinco están siendo acompañadas por diocesanos, el resto son religiosos: Pasionistas, Boa Nova, Corazonistas, Saletinos, Franciscanos del Camino, Conventuales y Escolapios.

—La reconciliación nacional sigue siendo una de las grandes tareas pendientes, ¿verdad?

—En una realidad tan desigual e injusta, con los contrastes de riqueza ostentosa por parte de unos y una gran miseria para muchos, la reconciliación es siempre una tarea por realizar. Los procesos poscoloniales lastiman fuertemente los dinamismos de desarrollo, hasta el punto de que se observan pocas mejoras... La corrupción de los gobiernos tampoco ayuda a generar confianza para crecer. Las enemistades entre el sur mucho más beneficiado y el norte son fuertes todavía. Los conflictos étnicos, también. ●

José Ignacio Rivarés

🐦 @ecclesiadigital